

Universidad Católica Andrés Bello
Centro de Estudios Políticos y de Gobierno
Diplomado sobre Transiciones Políticas

Ensayo final:

Consideraciones sobre transiciones políticas hacia la democracia en los casos, español y chileno. Comparaciones con el caso venezolano.

Integrantes:

Brayan Baptiste
Hildebrand Breuer
Laurent Labrique
Manuel Tovar

Caracas, 26 de Enero de 2020

Introducción

Este ensayo aborda la discusión sobre las transiciones políticas hacia la democracia, perspectivas y casos que pueden servir de experiencia y referencias, y ser eventualmente fundamentos teóricos para una transición política hacia la democracia en Venezuela, teniendo siempre presente el riesgo de un mayor deterioro de la democracia y sus instituciones, y con ello, la profundización y consolidación de un régimen autoritario.

Durante los meses de estudio teórico del diplomado se ha buscado desmitificar ideas arraigadas en los venezolanos, en especial aquella que hace referencia a una suerte de cualidad de lo *inédito*, *especial* y *único* del caso venezolano, para tratar de brindar una respuesta apropiada a la crisis política que atraviesa el país y ayudar a diseñar mejor los pasos a seguir, no solo con un diagnóstico apropiado de la situación sino con un mejor entendimiento de lo que implican contextos como éste.

Ciertamente cada caso es distinto, pero hay elementos unificadores, patrones, ciertas generalidades, aquellos sobre los que deseamos hacer énfasis. Se desea que cada uno de los integrantes desde su respectiva área de conocimiento y desarrollo pueda coadyuvar e impulsar ideas y propuestas que sirvan a estos objetivos.

Para ello y a la luz de los criterios discutidos durante los seminarios, se hizo una revisión de los casos español y chileno, que aun teniendo elementos diferenciadores entre ellos y frente al venezolano, contienen elementos con vocación de ser comunes.

Un autoritarismo hegemónico

El régimen venezolano no es un régimen democrático. En el país no se cumplen las garantías procedimentales de la democracia como lo son la periodicidad de procesos electorales, libertad de expresión, de asociación, de voto, ni muchos otros.

Del mismo modo, casi ninguno de los preceptos establecidos para definir una democracia en las obras de Robert Dahl, Philippe Schmitter o Terry Lynn Karl están presentes en Venezuela.

Juan Linz define al autoritarismo como un régimen de pluralismo limitado, con ausencia total de ejercer las garantías democráticas, sin ideología elaborada, donde una pequeña élite detenta el poder, lo que sugiere llamativas similitudes con el caso venezolano.

Coincidiendo con John Magdaleno: *“El régimen político venezolano, a partir del año 2016, es un caso de autoritarismo hegemónico con ciertos rasgos totalitarios y hasta sultanísticos”*.

Indicadores de instituciones y organizaciones como V-Dem, Freedom House y The Economist catalogan al venezolano como un régimen autoritario.

Basándonos en este último índice de democracias en el mundo que presentó resultados de 2019 esta semana se demuestra que la caída ha sido dramática. Venezuela era en 2006 un régimen híbrido, en 2006 ocupaba la posición 93 entre 167 países evaluados.¹

La caída es aun mayor si se evalúa desde 2016 cuando estaba ubicada en el puesto 107 y por última vez se pudo calificar como un régimen híbrido. Posteriormente se ubicó en el lugar 118 en 2017; puesto 136 en 2018 hasta descender a la posición actual 140 en 2019 y sin visos de mejorar, por el contrario el autoritarismo sigue fortaleciéndose como sistema.

Mucho se dijo a finales de 2019, de la supuesta necesidad del régimen de Nicolás Maduro de relegitimar su ejercicio de poder, principalmente, frente a la comunidad internacional democrática.

Algunos analistas consideraron de forma prospectiva que se incrementaría la calidad competitiva de los procesos electorales, aumentando la ‘incertidumbre’ en cuanto a sus resultados. El régimen, incómodo ante las sanciones internacionales, incapaz a través de la asamblea constituyente de validar acuerdos con terceros Estados, incluidos aliados del régimen, promovería cierta reducción de tensiones en espacios como la Asamblea Nacional, única instancia reconocida por la comunidad internacional democrática.

Estas presunciones promoverían el regreso a un autoritarismo competitivo. Sin embargo los hechos de inicios de 2020 apuntan hacia otra dirección y los cálculos de los analistas parecen a la luz de hoy no haberse materializado, ante la radicalización cada vez mayor desde el Ejecutivo y la represión generalizada.

¹ <https://infographics.economist.com/2020/democracy-index-2019/index.html>

Desde por lo menos 2018 se busca impedir la expresión del voto popular, la represión es más cruenta y si bien no se llega a niveles de regímenes como las dictaduras del Cono Sur, Ruanda o el Jemér Rojo, es notoria la búsqueda de la militarización de la sociedad, con retórica e involucramiento en especial de desocupados a cambio de supuestas prebendas y exiguos beneficios sociales, como los Clap por ejemplo.

Son múltiples los llamados a una milicia armada, popular y al pueblo en armas, aunque la capacidad operativa de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB) esté, según analistas especializados en el tema militar, mermada. Sin embargo es notorio sobre todo en estratos sociales más deprimidos la conformación de cuadros similares a los Comités de Defensa de la Revolución de Cuba, con un sistema de “rangos” dentro de la organización.

Una sociedad nueva

El debate alrededor de la posibilidad práctica de construir o no un régimen totalitario en la sociedad moderna, es un debate inacabado. Una rápida comparación con los regímenes totalitarios históricos como el de la Alemania Nacionalsocialista, o el de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en la actualidad, Corea del Norte o Cuba, nos persuade sobre el hecho de que en el caso venezolano, estaríamos evidentemente asistiendo a un régimen de otro tipo. Pero si nos enfocamos en Juan Linz y sus criterios para categorizar regímenes, notamos que hay algunas características de un régimen totalitario e incluso rasgos sultanistas.

La pregunta que queda abierta en este sentido, y la cual no aspiramos a responder en estas líneas, es si las características de la sociedad globalizada, marcada por los tres grandes flujos que la definen, el de personas, el del dinero y el de la información, permitiría la configuración de un totalitarismo tal como lo hubiere concebido Hannah Arendt.

Lo que pareciera ser una dinámica de tensiones entre la consolidación de un régimen autoritario competitivo y uno hegemónico con vocación totalitaria, tensiones quizás presentes debido a diferencias ideológicas puertas adentro de la coalición dominante, ha conllevado la aparición de una nueva forma de sociedad. Hoy las clases sociales se perciben como una sociedad pseudo estamentaria como la existente antes de la democracia –colonial y postcolonial-; una sociedad premoderna en un sentido político, como efecto de la ausencia de instituciones liberales. La sociedad actual se distribuye en una cúpula del régimen, que son operadores políticos y económicos que hacen grandes negocios (si lo pudiéramos ejemplificar como una corte real proto feudal-comercial) algunas son viejos negocios con dinero, otros surgen para cubrir espacios que ven nichos de oportunidades en espacios abandonados y no están necesariamente directamente ligados al régimen.

Le siguen grupúsculos que se amparan y son parte de la cúpula militar y de fuerza, que apuntalan al régimen y permean, aguas abajo, ciertas ventajas a sus acólitos. Seguida, a su vez, de una pequeña clase media que cada vez se ve más limitada y devaluada y una base popular –ya no tan grande-, que previamente apoyó el proyecto. Sin duda, este grupo popular está hoy tan polarizado como otros sectores sociales, a pesar de que la animadversión frente al régimen es cada vez mayor.

Un rasgo a destacar es la destrucción de la institucionalidad, la erosión de contrapesos y la profundización de la desigualdad de facto entre ciudadanos, a través de la cual algunos tienen más “derechos” que otros, ya no como una consecuencia solamente de las condiciones materiales, sino derivado de la vinculación a la maquinaria del Estado. De esta lógica proviene el término ampliamente difundido, ‘enchufado’. Estos son algunos factores que causan un cambio de percepción en la sociedad ante el poder.

La ausencia de posibilidad de elegir libremente, a la libre asociación, respeto al disenso y a la minorías, el ataque a la libre expresión son factores presentes en el caso venezolano y que evidenciarían el retroceso notable que bajo criterios liberales, nos caracterizarían en el sentido que hemos venido señalando.

En el ámbito internacional, la cercanía con regímenes autocráticos similares –Rusia, China, Cuba y Corea del Norte- y alguna que otro régimen híbrido –Turquía- no haría sino confirmar la tendencia que lleva la configuración de un régimen muy específico y que deja poco lugar a dudas en cuanto a su naturaleza.

Una ardua redemocratización

Es necesario hacer un diagnóstico apropiado acerca de la naturaleza del régimen para tomar acciones políticas estratégicas adecuadas que aumenten los costos de opresión y disminuya los costos de tolerancia que permita el quiebre de la coalición dominante.

Es un corporativismo autoritario que por momentos parece quisiera ir hacia un régimen pretotalitario o totalitarista imperfecto.

Cada día que pase, es más difícil dar un salto hacia la democratización plena, señalan teóricos, en especial por el contexto social y el pensamiento que se asienta en la sociedad. Los radicalismos y grupos duros parecen afianzarse y la población en general de alguna manera parece “acostumbrarse” a la crítica situación.

Sin embargo, y a pesar de que parecen cerrarse las ventanas electorales, y se busca con represión eliminar los espacios democráticos, bien sea con violencia o a través de fachadas democráticas.

Hay buenos ejemplos de otras naciones con largos procesos que en relativo poco tiempo dieron un salto hacia la democracia, España, Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Europa oriental en especial ex naciones soviéticas. Sin embargo hay naciones como Cuba, Corea del Norte que son vestigios de la Guerra Fría y persisten en prácticas totalitarias y una sociedad cada vez más resignada.

Es por ello que se insta subirle los costos a la represión para evitar un enquistamiento y en un eventual proceso de negociación se debe bajar los costos, lo que para muchos en nuestra sociedad implica coloquialmente “tragarse el sapo” pero es identificar a los moderados y amnistiar a personas que cometieron crímenes contra venezolanos.

Una democracia, se ampara entre otras cosas en la justicia, pero en muchos casos estudiados vimos que no hay posibilidad de avanzar hacia ese régimen sin este paso, lo que lo convierte en una de las pruebas más duras en la sostenibilidad de un cambio y nuevo régimen.

Una transición pacífica

La transición o los pasos para ella es deseable sea por forma pacífica y negociada, subiéndole los costos de represión y bajándole los costos de salida al grupo dominante.

De lo contrario solo se hablará de un enquistamiento. Es más que necesario un trabajo mancomunado de presión interna -desde los partidos, sociedad y organizaciones civiles, iglesia, empresarios, sindicatos y gremios- y buscando cercanía de estructuras de poder provenientes del chavismo, militares, políticos que estén dispuestos a ceder a cambio de su futuro en paz y aumentar la externa para lograr el cambio.

Está demostrado que se prefiere una salida electoral y posteriormente se imponga el imperio de la ley, pero resulta improbable.

Bien sea por apaciguamiento, anquilosamiento y cubanización, o un mayor conflicto (no se habla de protestas como en 2017) más si de una paralización total de distintos aspectos de la sociedad que obliguen un replanteamiento, desde adentro o de afuera, para forzar un cambio. Tal vez, en un ejercicio prospectivo –y hasta optimista- se pueda ver en términos de pacto –más coercitivo, no se habla de invasión o acción bélica, pero sí de capitulación- que de acuerdo o negociación.

¿Por qué se habla de capitulación? Porque el círculo se cierra cada vez más y sus aliados tienen menos margen/confianza hacia el régimen, un país aislado puede “funcionar”.

El chavismo ha visto cerrarse su círculo y busca a como dé lugar obtener ingresos, estos “recortes” afectan de forma tal la posibilidad de funcionamiento que, indiscutiblemente sirve a la cúpula, pero aumenta la brecha con una población que se ve afectada en lo económico y en lo social produce la respuesta común de supervivencia ante la agresión y amenaza, huir o atacar (no de forma literal, sino con respuestas que busquen salida a la situación).

La represión aminora la posibilidad de atacar (protestas) por lo que la huida se ha convertido en una respuesta y a su vez un factor de crisis regional. En los últimos días se ha tratado de mostrar a Venezuela como una amenaza más allá de lo regional, sino global con el terrorismo, lo que tiene mayores implicaciones en la búsqueda de un discurso de creciente descontento hacia Venezuela en el contexto actual.

Si se va en dirección contraria se puede aducir que Cuba y en especial Corea del Norte son modelos de apaciguamiento pero más por ser reliquias de la Guerra Fría que países del contexto interconectado actual. Cuba como un país que colapsa cada vez más e intenta emprender tímidas reformas mientras mantiene una retórica anquilosada en el pasado. En el caso específico de Corea del Norte se logra cierto apaciguamiento con el uso de la coerción nuclear. Ciertamente que otros países también tienen escasas relaciones en el mundo, pero son cada vez más pobres, atrasados.

Cada vez más hay relaciones globales –positivas y negativas- y el área de un país, sus conexiones, en pocas palabras como es el vecindario y las herencias que tienen permiten, o no, el desarrollo y emular y replicar modelos. Es un movimiento que se acrecienta en la historia y si bien estamos inmersos en una ola de autocratización, el

mundo ha cambiado de forma radical en tan solo 120 años y no es nada extraño pensar que siga en vía positiva, hacia más y mejores democracias.

La ola democrática llegó al cono sur entre 1970 y 1980 y mucho tuvo que ver con presión social interna pero evidentemente externa. La fracasada primavera árabe, hoy invierno puso de relevancia una mayor aspiración democrática en un contexto regional que no es habitual. Algo similar ocurrió al final de la Guerra Fría o más recientemente con la ola de protestas sociales en América, por factores instigadores o por un movimiento orgánico, la aspiración de democracia o más democracia se ha convertido en un derecho y deseo cada vez más presente en la ciudadanía.

Los casos España y Chile

Primero que nada se debe señalar el contexto internacional. España un régimen que inició en Europa previo a la II Guerra Mundial hasta bien avanzada la Guerra Fría. Chile en la América de mediados de la Guerra Fría hasta prácticamente el fin de ella.

El caso español, el hecho de ser el único régimen que sobrevivió y fue aliado de los nazis le pasó factura en la comunidad internacional al régimen de Franco en especial de vecinos y naciones victoriosas de la Guerra como Reino Unido, Francia y la derrotada y desnazificada Alemania que lo veían como un peligro. El Vaticano también lo fustigaba por la pena de muerte con la que se castigaba a opositores y disidentes.

El dictador buscó abrirse con negocios e intentó lavar su imagen. Europa no miraba con buenos ojos que la dictadura era cruel y violenta contra la izquierda y la disidencia.

Los mayores costos de España fue la negativa a entrar en la Organización de Naciones Unidas tras el fin de la II Guerra Mundial hasta 1950, el fracaso de la autarquía y aislamiento y que se le haya impedido ser parte de la Alianza Atlántica OTAN. La España de Franco, al ser un denostado anticomunista, sacó ventaja y buscó un pragmático acuerdo con el Estados Unidos de Eisenhower de bases en el Mediterráneo, y de alguna manera perdón del régimen franquista, a cambio de libre acceso norteamericano en bases y puertos para la lucha contra el comunismo en Europa. Fue así como mantuvo un precario equilibrio entre 1950 y 1960.

Le llevó casi 25 años (1964) construir un ambiente un poco más propicio para su causa. Sin embargo las presiones no fueron tan significativas ante el temor a la expansión del comunismo.

Aun así a España no le fue fácil encontrar articulación en su entorno más cercano.

Con la llegada de 1970 la caída de otras dictaduras en Europa, Portugal y Grecia, más ajusticiamientos de opositores y disidentes retrocedieron en mucho a Franco y le creó problemas insalvables en su percepción internacional, lo que también impulsó a más presión internacional. Sin embargo, el entendimiento de que el régimen sería insostenible hizo entender desde el mismo régimen que se debía ceder espacios.

En el caso chileno, Augusto Pinochet derrocó a Salvador Allende, lo que contó con el aval de Estados Unidos en momentos del temor a la expansión del comunismo en América Latina. Otras naciones de la región también tenían dictaduras militares como

Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, por nombrar solo algunos por lo que no causó condena o un movimiento en América.

Si bien el gobierno de Chile no era bien visto por las naciones democráticas, algunos países trabajaron con el régimen de Pinochet. Los mayores impases internacional para la dictadura fueron los asesinatos de Orlando Letelier en 1976, lo que lo alejó de Washington, y el casi inminente conflicto con Argentina en 1978, pero que quedó latente hasta prácticamente 1983.

Asimismo la salida de Ronald Reagan del poder y un mundo cambiante donde se cedía el espacio de la Guerra Fría a un nuevo contexto internacional causó más presión internacional para el régimen chileno.

Medidas internacionales en Venezuela (eliminable)

En el caso venezolano, sin duda la crisis de migrantes evidenció la situación que ya era planteada de crisis internacional por lo menos desde 2012 por no decir que mucho antes. Fue la salida de millones de personas desde 2015 lo que movilizó a la opinión internacional.

Si bien es cierto que sin presión interna, las medidas internacionales, son insuficientes, no cabe duda que han reducido los espacios para la cúpula de la coalición dominante, que ha empleado medidas aún más radicales e irregulares que ponen en relieve su difícil posición.

Relaciones exteriores

Venezuela, tal como lo estuvieron España y Chile, está cada vez más aislada de la comunidad internacional. Como dijimos antes, su red de actuación incluye países de dudoso carácter democrático como Rusia, Cuba, China, Turquía.

El mundo condena a Venezuela pero, y a pesar del repliegue y la incapacidad de hacer negocios con el mundo, el gobierno de Nicolás Maduro busca mantener cierto control para paliar sus deficiencias.

Maduro y su Ejecutivo se han aislado y alejado de lo que le solicita la comunidad internacional pero consigue aliados poderosos que tienen una forma de pensar alineada a su proceder. Un cambio hacia una transición pasa por la fortaleza que la población tenga para generar cambios, subiéndole los costos a la represión, solo que en este caso no ha sido bien articulado.

Hitos para la transición y actores de la transición española

España era un sistema muy atrasado prácticamente preindustrial en buena parte del país y políticamente una monarquía muy débil y los intentos democratizadores fueron ensayos muy débiles.

Como describen Bitar y Lowenthal, fue con diversos planes como la ley de sucesión de 1947, plan de estabilización de 1959 y el fracaso del régimen autárquico que España empieza ciertas medidas que a la postre impulsarían cambios políticos y económicos.

Algunos datos relevantes son el salto exponencial del PIB per cápita de 300 a 3.260 dólares entre 1960 y 1973, la reducción de la población agrícola de 48% a 22%, el crecimiento de la clase media de 14% a 43%. Estos fueron parte de los factores que crearon una creciente demanda de democracia entre 1966 y 1976, también aumentó el apoyo a las instituciones democráticas de 35% a 78%.

“Fue este avance y la modernización económica de la administración pública, que se volvió más profesional y meritocrática además de predominantemente apolítica, lo que explica porque no se opuso a la democratización” aseveran Bitar y Lowenthal quienes agregan que los militares fueron desplazados en el aparato burocrático de Franco a excepción de los ministerios de carácter militar.

“Debido a ambas tendencias durante la transición no fue necesario expulsar a la burocracia ni los militares de la esfera política, consecuencias políticas complejas en su mayoría consecuencias no intencionadas o planificadas por el régimen. La expansión de la educación universitaria llevó a la creación de un movimiento estudiantil hostil a Franco. La industrialización favoreció el surgimiento de un nuevo movimiento obrero cada vez más seguro de sí mismo liderado por Comisiones Obreras que serían ilegalizadas en 1967. Pese a que en teoría eran ilegales el número de huelgas aumento de 500 en el 1969 a 3156 en 1975. Algunas de ellas acompañadas de brutalidad policial que provocó 11 muertes entre 1969 y 1974”.

El franquismo tuvo poca capacidad de expresarse ontológicamente a través de una figura partidaria, a pesar de sus intentos iniciales, y terminó concibiéndose como un Estado sin partido.

Por otra parte, los autores agregaron que el aumento de cultura y lenguas autóctonas españolas explican el resurgimiento de la radicalización de los estudiantes universitarios que fundaron la guerrilla ETA, Euskadi ta Askatasuna, a finales de 1950. “El grupo más grande y organizado era el Partido Comunista desde 1956 empezó a defender una política de reconciliación nacional y en 1970 se marcó como objetivo la creación de un pacto por la libertad interclasista”.

Un factor más fue la elección de Felipe González en 1974. González representa la nueva generación del liderazgo español. El futuro presidente se opone a que sea el Partido Comunista quien controle a la izquierda y no comparte el ideal comunista de una ruptura democrática, un proceso en que las movilizaciones populares masivas derrocarían de forma pacífica el régimen.

Si nos basamos en Bitar y Loewenthal la crisis del régimen franquista se dio por estos factores:

- El boom económico de 1960 que concluyó con la crisis del petróleo de 1973 lo que provocó estanflación y un creciente descontento social.
- El asesinato en diciembre de 1973 del almirante Luis Carrero Blanco, tan solo 6 meses después de ser nombrado presidente de gobierno. Planteó nuevas dudas sobre la continuidad del régimen.

- El sucesor de Carrero Blanco, Carlos Arias Navarro planteó en 1974 una limitada apertura del sistema que agudizó tensiones entre duros del régimen y los blandos.
- En septiembre de 1975 la ejecución de 5 antifranquistas producto de la draconiana legislación antiterrorista tras el asesinato de Carrero Blanco.
- La muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975.

El proceso de democratización de España fue una transición vía transacción que se caracteriza por el uso de instituciones y procedimientos constitucionales del régimen de Franco para poner en marcha el proceso democratizador.

Por otra parte esta transición se caracterizó por las negociaciones entre moderados tanto del régimen autoritario franquista como de los políticos de oposición. El diálogo buscó ser el más inclusivo para representar no solo a la mayor cantidad de fuerzas políticas en el proceso de toma de decisiones.

En el caso español fueron los actores nacionales, acompañados de la comunidad europea y en especial Alemania que apoyaron activamente a la democratización.

- Las negociaciones se centraron en las condiciones que las partes exigieron para las futuras elecciones.
- La legalización de todos los partidos políticos y sindicatos.
- La neutralidad política de la administración del estado.
- Una amnistía generosa.
- La negociación de una ley electoral.
- El reconocimiento de las entidades políticas regionales.

Estos puntos acordados finalmente se cumplieron lo que permitió la elección de Adolfo Suárez con su partido unitario en el proceso electoral del 1977 y en las siguientes elecciones la primera transmisión de mando entre presidentes en España de Suárez a Felipe González.

Entre las figuras de la transición española el profesor de la Universidad de Zaragoza Carmelo Romero Salvador señala a Juan Carlos I rey quien era el llamado a cumplir funciones de jefe de Estado. Fue bisagra entre la vieja institucionalidad, el franquismo y la modernidad. Fue determinante no solo en articular el movimiento del nuevo modelo sino protegerlo de los intentos militaristas de socavarlo.

Juan Carlos estuvo influido por su consejero, posteriormente presidente de las Cortes Franquistas, Torcuato Fernández-Miranda, el gran cerebro de la transición española y quien revistió de legalidad todo el proceso, su trabajo blindó el proceso y allanó el camino para los reformistas como Adolfo Suárez. El hombre de la transición trajo con él ideas y políticos reformistas que ayudaron a ejecutar el paso hacia una democracia liberal, ante los inmovilistas del régimen.

Todas estas personas fueron capaces, viniendo del viejo sistema, de guiar los esfuerzos para un cambio anhelado por la sociedad.

Por último añadimos a Felipe González que recibe el poder a través del voto popular y del presidente saliente Suárez para convertirse en figura y garante de la democracia española.

Hitos para la transición y actores de la transición chilena

Tal y como lo destaca Genaro Arriagada en el capítulo dedicado a la transición chilena, en el libro, 'Transiciones democráticas: Enseñanzas de líderes políticos' de Sergio Bitar y Abraham F. Lowenthal, para 1970, Chile era un país con 9 millones de habitantes, representaba la tercera renta per cápita más elevada de América Latina y era una sociedad desarrollada desde el punto de vista político.

La principal fuerza política en el centro eran los Demócratas Cristianos, a quienes en relación con sus correligionarios europeos, se les habría podido ubicar un tanto más a la izquierda. En la propia izquierda, existían dos fuerzas relevantes, la mayor la concentraba el Partido Comunista de Chile y le seguía el Partido Socialistas. Las Fuerzas Armadas estaban perfectamente sometidas al control civil.

Allende accede a la presidencia con 36% de los votos y su coalición de partidos se queda en minoría en ambas cámaras.

La ruptura se dio el 11 de septiembre de 1973 con el golpe de Estado militar de violencia extrema. Aunque no hubo resistencia, cientos de personas fueron asesinadas en los primeros días.

Disuelto el poder Legislativo, los sindicatos y partidos se nombraron oficiales de las Fuerzas Armadas como rectores de Universidades. Asimismo se procedió al cierre de periódicos y comenzó un toque de queda que duraría más de una década.

“Un golpe de Estado de semejante brutalidad debería haber provocado el rechazo tajante de un país con un pasado democrático como Chile. Pero no fue así. La sociedad se había polarizado enormemente y el odio político y social habían empapado todo el tejido social (...) Una parte significativa de la población consideró que el golpe militar era una solución”, describe el autor.

La clase empresarial apoyó a los golpistas e inició así un arduo camino para la oposición.

El golpe generó la ruptura entre militares y los demócrata cristianos que se oponían a Allende.

El antagonismo entre demócrata cristianos y socialistas/comunistas no acabó, sin embargo. Los primeros años del régimen militar se caracterizaron por una oposición dividida. El partido demócrata cristiano era el más fuerte del país. Socialistas y comunistas, las fuerzas dominantes entre los chilenos en el extranjero.

Un número creciente de organizaciones de derechos humanos comenzaron a informar sobre los delitos que cometía la inteligencia militar, sobre la que no había ningún control moral o jurídico.

El gobierno controlaba las universidades, pero los grupos de estudio de la oposición, cada vez más numerosos, aglutinaban a una gran parte de la comunidad intelectual.

El gobierno había creado un movimiento sindical 'amarillo', pero la legitimidad la tenían otros. Los partidos, aunque asfixiados, conservaron parte de sus estructuras. La iglesia católica protegía a los defensores de los derechos humanos.

“Varios factores contribuyeron a que la oposición pudiera organizarse mejor a partir de 1980. El debate sobre qué grupo era responsable de la caída de la democracia dio paso a un reconocimiento de las culpas de cada partido. Los intelectuales de distintos frentes auspiciaron ese cambio de tendencia.”, señala Arriagada.

Los que habían sido enemigos durante las décadas de 1960 y 1970 comenzaron a reunirse.

En el ínterin surgió una nueva correlación de fuerzas dentro de la oposición. Una fracción mayoritaria del Partido Comunista se escindió del campo 'socialista' internacional, dirigido por la Unión Soviética, y estrechó lazos con los partidos socialdemócratas europeos. Al mismo tiempo, el Partido Comunista de Chile dio un giro en la dirección opuesta y propuso construir una forma avanzada de socialismo por medios políticos y acciones militares de corte terrorista.

Los demócratas cristianos y los socialistas, que argumentaban que había que vencer al régimen mediante la movilización social pacífica y una mejor organización de los partidos y la sociedad civil, que obligaría a negociar una transición a la democracia.

El sector moderado de la oposición fundó:

- Alianza Democrática: Pacto entre varios partidos políticos organizado en torno a socialistas y demócrata cristianos.
- Asamblea de la Civilidad: Acuerdo social entre gremios profesionales, sindicatos, organizaciones estudiantiles y grupos de defensa de los intereses de las pequeñas empresas.

En 1985 la Iglesia Católica convino un Acuerdo Nacional que incluía a algunos representantes de la derecha que habían colaborado con la dictadura.

En la primera mitad de la década de 1980, la oposición cosechó notables victorias, pero no consiguió ocultar dos grandes fracasos:

- Incapacidad para incorporar sectores significativos de la derecha.
- Choque entre las estrategias de la Alianza Democrática y los comunistas, que dividió a la oposición.

En 1987 la dictadura celebró 14 años en el poder. Gobierno y oposición habían logrado un equilibrio de poder provisional. Pinochet mantenía mucha fuerza política y de las Fuerzas Armadas leales a su comandante en jefe. También contaba con el apoyo de la clase alta y parte de la clase empresarial, que sin embargo se resintió con la crisis económica de 1982 y por la que el dictador llama a realizar un “segundo milagro”.

Pero para la oposición las cosas no iban mal:

Una de sus características distintivas era la fuerza de sus instituciones, lo que significaba que la dirección era colectiva, en lugar de reposar únicamente sobre algunas personalidades carismáticas.

Los partidos, si bien eran ilegales, estaban suficientemente bien organizados como para convocar manifestaciones que movilizaban a cientos de miles de personas.

En la década de 1980 se asentó en Chile un precario equilibrio político. Pinochet tenía bastante fuerza para mantenerse en el poder, pero no el suficiente para acabar con sus adversarios. A su vez, la oposición era bastante fuerte, a pesar de las intensas presiones, para seguir controlando a la sociedad civil, pero no lo suficiente para cambiar el gobierno.

En la segunda mitad de 1980 la habilidad política de los dirigentes de la oposición logró definir la agenda y se negó a perder de vista sus objetivos. Si bien grupos armados intentaron la vía de la fuerza era obvio que el único camino para derrotar la maquinaria del régimen era el electoral.

En este marco, la oposición decidió participar en el plebiscito programado para finales de 1988.

Dentro de la oposición se debatió si pedir unas elecciones abiertas, aunque la verdad es que el plebiscito les daba la opción de ir juntos en contra de Pinochet. Además, en unas elecciones habrían tenido que desplegar otros elementos para los que no estaban listos.

En lugar de pretender una victoria aplastante, se prometía construir una victoria para todos, para Chile. El 5 de octubre triunfó el NO de la oposición con 56%. En diciembre de 1989 se llevaron a cabo elecciones abiertas.

Al comienzo parecía estar condenada al fracaso, pero hoy en día es considerada una de las transiciones más exitosas.

Pinochet había perdido en las urnas, pero su apoyo en los comicios había rondado 44%, es decir, el país estaba prácticamente dividido en dos. Además, el apoyo de la clase empresarial hacia Augusto Pinochet se mantenía.

Según la Constitución, Pinochet continuaría ejerciendo el cargo de comandante en jefe del Ejército por ocho años, lo cual doblaba el tiempo de gobierno del presidente Patricio Aylwin.

Al nuevo mandato se le hacía imposible enmendar la legislación, puesto que la Constitución exigía un quórum especial para ello –que no tenía en el Parlamento-, por lo que la oposición era necesaria.

Durante su último año en el gobierno, el régimen de Pinochet nombró a 14 de los 17 miembros de la Corte Suprema y se concedió amnistía por todo delito cometido contra los derechos humanos.

“Si la política se hubiera circunscrito a lo que permitía el marco institucional, la transición chilena hubiera fracasado de antemano. (...) La calidad, la unidad y la fuerza de la Concertación, que fue el instrumento político de la transición, fueron fundamentales”, señala Arriagada.

La Concertación logró sus objetivos porque constituía la alianza política más significativa que había existido en Chile desde hacía más de un siglo. La Concertación participó unida en todas las elecciones presidenciales, legislativas y municipales durante 20 años.

El gobierno presentó reformas constitucionales que fueron rechazadas, sin embargo, los enclaves autoritarios se debilitaron paulatinamente.

El respeto de la profesión militar exigía que ésta estuviera subordinada a la autoridad política civil.

Hubo disciplina fiscal pero se atendieron las demandas sociales acumuladas desde la dictadura. Las transiciones en otros países sirvieron de ejemplo aleccionador.

Crecimiento con igualdad sería luego el lema de la campana de Lagos.

La transición chilena supo llevar con éxito dos elementos fundamentales de toda transición hacia la democracia:

- El rol de los militares y su relación con el estamento civil.
- La administración de justicia y la reparación por las violaciones cometidas durante la autocracia.

El politólogo y académico chileno Patricio Navia, planteó la situación en teoría de juegos y para su estudio lo hace en forma dicotómica. Dictadura-Democracia, Impunidad-No impunidad, Neoliberalismo-Intervención en la economía.

Donde señala que son los partidos políticos (para sencillez del estudio incluye a algunos sectores que fueron actores como sociedad civil, iglesia, sindicatos, entre otros) lo que necesitaban crear el quiebre de la coalición dominante y hacerlo más atractivo para lograr el cambio democracia dictadura, que fue lo que principalmente modificó el escenario y permitió la transición, el proceso anteriormente descrito lo simplifica en la dicotomía Dictadura-Democracia. Este grupo estaba de acuerdo en la salida de la dictadura para tener un nuevo régimen, estaba en desacuerdo con la impunidad y violación de derechos humanos y conscientes de que no todos los sectores de la sociedad estaba favorecido.

Por otra parte a los empresarios fue difícil atraerlos pues, en la dicotomía planteada pudieron trabajar en la dictadura e incluso resultaron favorecidos, eran en su mayoría indiferentes a las violaciones a los derechos humanos y el neoliberalismo. Le resultaba más propicio que algunas propuestas de intervencionismo como las planteadas anteriormente por Allende. Fue la gran crisis de 1982 y la idea de que con la dictadura no iban a poder trabajar o mejorar sus aspiraciones económicas donde los moderados lograron un quiebre en una de las bases de apoyo del sistema de Pinochet.

En el caso de los militares la situación fue, a pesar de la lealtad a Pinochet, que el costo de la represión era cada vez más evidente y no podía ser ignorado. El sistema daba ciertas manifestaciones de debilidad y desagrado y no era viable, el costo era alto para la institución durante el cambio que se gestó por lo que respetaron lo establecido en la

Constitución y en el respeto de la definición militar profesional es profesional tanto en cuanto es apolítico y es apolítico porque es profesional.

Variables de los casos

En el caso chileno la naturaleza del régimen político era un autoritarismo cerrado, con orientación ideológica de extrema derecha anticomunista, muy cohesionado en especial la Fuerza Armada, con un liderazgo personalista —a pesar de que cuando accedió al poder se planteó una junta militar— donde los medios de comunicación y la opinión pública fueron silenciados, la oposición en su mayoría reprimida, silenciada, en muchos casos torturados y asesinados y en el que la transición fue gradual para fortalecer la institucionalidad.

Mientras que en el caso español la naturaleza del régimen político parecía más un totalitarismo al comienzo para luego terminar en autoritarismo hegemónico, con orientación ideológica de extrema derecha anticomunista, cohesionado en la cúpula franquista estamentos civiles, militares y religiosos, con un liderazgo personalista. Los medios de comunicación y la opinión pública fueron silenciados, la oposición política asesinada. La transición fue fruto de una transacción entre élites.

En ambos casos hubo fractura de la coalición dominante, búsqueda de diálogo con sectores moderados del régimen y de la oposición en negociación. Los radicales fueron execrados.

En el caso venezolano aún faltan muchos aspectos de presión interna para lograr una transición sin embargo si hay algunos elementos y capacidades que se buscan generar. Es vital la unidad y fortalecimiento de los partidos y es donde ataca el chavismo en la actualidad. Sin embargo esta jugada puede coadyuvar a un manejo clandestino que fortalezca en su impacto social con la población, tal como sucedió en otros países incluyendo estos casos.

Nuestro caso es un autoritarismo hegemónico que se define como de extrema izquierda aunque se moviliza en el campo que le permita mantener el poder. Su cúpula es cohesionada aunque cada vez más desapegada de la población que fue la base de su poder al llegar a través de métodos democráticos. El liderazgo se trata de personalizar pero sin el líder carismático sucumbe, la institucionalidad y poderes decaen, lo que causa mayor problema pues la oposición tampoco ha podido recabar suficiente fuerza para tomar el poder y crea un cuadro de anomia. Los medios de comunicación y la opinión pública es cada vez más silenciada.

Similitudes y diferencias de los casos

Entre las diferencias podemos observar que Chile tiene una institucionalidad sólida al momento de la ruptura de la democracia mientras que España era débil al momento de advenimiento del régimen autoritario.

En España la reforma vino desde dentro del régimen mientras que en Chile fueron los partidos políticos de oposición los propulsores del cambio. La Fuerza Armada en Chile jugó un papel más preponderante y en España no tanto. Mientras que en Chile los empresarios tuvieron un rol más destacado en España casi no tuvieron preponderancia y está claro que fue por el tipo de cambio y actor político que gestó la transición. En España es claro que el proceso es una reforma desde adentro, mientras que en Chile coincide más con una ruptura.

En España algunos sectores de la Iglesia eran muy franquistas mientras otros se acercaban más a la postura del Vaticano que no estaba de acuerdo con el régimen. En Chile la iglesia apoyaba a los defensores de Derechos Humanos.

Fue común para ambos países que perdieron el apoyo de Estados Unidos, un importante aliado para su sostenimiento como coalición dominante.

Lo más importante es que en ambos casos vimos sociedades pujantes que se atrevían y reclamaban más derechos, más libertades, democracia y sabían y deseaban un cambio de modelo. Que se ampararon en un sistema económico abierto y liberal, una clase media con aspiraciones para impulsar un movimiento donde los derechos humanos salvaguardaran por igual a todos los ciudadanos.

Casos históricos venezolanos

Para efectos del trabajo no tomaremos en cuenta la etapa de paso del sistema colonial a la república, ni tampoco lo acontecido durante el siglo XIX pues la democracia era muy incipiente y no abarcaba a la población sino a élites como hombres con renta.

El primer ensayo democrático llegó con la muerte de Juan Vicente Gómez, un autócrata hegemónico. Empezó una suave reforma desde adentro del poder -Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, autoritarismo competitivos en dirección electoral- hasta la ruptura de poder en 1945.

Ese año el partido político Acción Democrática y el estamento militar más joven, que no estaba de acuerdo con la antigua élite militar, fueron contra el mandatario Isaías Medina Angarita quien, a pesar de venir de la clase militar dio pasos hacia una transición gradual hacia lo civil.

El experimento terminó tres años después con otra ruptura y la instalación de una Junta Militar que duraría 10 años y que dirigía Marcos Pérez Jiménez, volvió así un autoritarismo hegemónico, el último previo a la actualidad. En este caso hubo un quiebre total del régimen con la clase militar, el empresariado, los sindicatos, los estudiantes y por supuesto impulsados por partidos políticos fuertes.

Con la salida de la dictadura en 1958 la democracia se impuso hasta 1998. Sin embargo con la llegada del chavismo tal y como describimos antes Venezuela se sumió de nuevo en un largo y profundo proceso autocrático.

Conclusiones

Los casos español y chileno son referencias insoslayables a la hora de pensar un estratégicamente en un recorrido político para impulsar y consolidar una transición hacia la democracia en la Venezuela de hoy. Estos casos confirman la posibilidad de pasar de regímenes autoritarios cerrados a democracias sólidas pero, simultáneamente evidencian la necesidad que existe en cuanto a la consolidación de hojas de ruta, movimientos sociales y políticos de largo aliento y mirada de largo plazo, que sean capaces de salvar obstáculos que los propios sistemas a superar hacen suyos.

Bibliografía

Bitar, Sergio; Lowenthal, Abraham F. (Eds), 'Transiciones democráticas: Enseñanzas de líderes políticos'. IDEA Internacional, 2016.

Dahl, Robert; La Poliarquía. Participación y oposición. Editorial Tecnos. Madrid.

Huntington, Samuel P. La tercera ola, la democratización a finales de siglo XX. Editorial Paidós. Barcelona

Linz, Juan J. Transiciones a la Democracia.

Mainwaring, Scott; Bizarro, Fernando. Los destinos de las democracias en la tercera ola. Revista Latinoamericana de política comparada

Navia, Patricio; La Transición democrática chilena, un juego entre actores racionales. Center for Latin American Studies, New York University. 1999